

IX

La iglesia se hallaba silenciosa. Sólo la lluvia, que arreciaba, llevaba a la nave un estremecimiento de órgano. En aquella repentina quietud, la cólera del sacerdote decaeció; sintióse sobrecogido de gran enternecimiento. Y con el rostro bañado en lágrimas con los hombros agitados todavía con los sollozos, volvió a echarse de rodillas ante el gran Cristo. Un acto de ardiente acción de gracias se escapaba de sus labios.

—¡Oh! gracias, Dios mío, por el socorro que habéis tenido la bondad de enviarme. Sin vuestra gracia, daba oídos a la voz de la carne, volvía miserablemente al pecado. Vuestra gracia ceñíame como con un cinturón de combate; vuestra gracia era mi armadura, mi valor, el sostén interior que me mantenía en pie, sin ninguna debilidad. ¡Oh, Dios mío! vos estábais en mí, pues ya no confesaba mi indignidad de criatura humana, sentíame fuerte hasta para desatar todos los lazos de mi corazón. Y he aquí que mi corazón mana sangre, no pertenece a nadie y sí tan sólo a vos. Por ti se lo he arrancado al mundo. Mas no creáis ¡oh, Dios mío! que yo obtenga vanidad alguna de esta victoria. Sé que no soy nada sin vos. Me anonado a vuestros pies, en mi humildad.

Habíase rendido, medio postrado sobre los escalones del altar, no encontrando ya palabras, dejando su aliento humear como un incienso, entre sus medio abiertos labios. La abundancia de la gracia le bañaba con inefable éxtasis. Replegábase sobre sí mismo, buscaba a Jesús en lo más hondo de su ser, en el santuario de amor que preparaba cada instante para recibirle dignamente. Y Jesús se hallaba presente, sentado allí, en la dulzura extraordinaria que le inundaba. Entonces entabló con Jesús una de esas conversaciones interiores, durante las cuales sentíase arrebatado a la tierra, hablando mano a mano con su Dios. Balbuceaba el versículo del cántico: "Mi amado es mío y yo soy de él; reposa entre los lirios, hasta que la aurora se eleve y que las sombras declinen." Meditaba aquellas palabras de la *Imitación*: "El arte de saber hablar con Jesús es un gran arte, y una grande prudencia el saberle retener a su lado." Venía después una familiaridad adorable. Jesús se bajaba hasta él, hablaba con él durante horas y horas, de sus necesidades, de sus dichas, de sus esperanzas. Y dos amigos que, tras de una separación, vuelvan a encontrarse y se apartan a un rincón, a orillas de alguna corriente solitaria, no tienen más tiernas confidencias; porque Jesús en aquellas horas de divino abandono, dignábase ser su amigo, el mejor, el más fiel, el que no le traicionaría nunca, que le devolvía por sólo un poco de cariño, todos los tesoros de la vida eterna. Aquella vez, sobre todo, el sacerdote quiso poseerle durante largo tiempo. Las seis daban en la muda iglesia, cuando él seguía escuchando, en medio del silencio de las criaturas.

Conversación del sér entero, conversación libre, sin el entorpecimiento de la lengua, natural efusión del alma, remontándose antes que el pensamiento mismo. El padre Mouret decíasele todo a Jesús, como a un Dios llegado a la intimidad de su ternura y que puede oírlo todo. Confesaba que

seguía amando a Albina; admirábase de haberla podido tratar mal, arrojarla de su presencia, sin que sus entrañas se hubiesen revelado; maravillábase y sonreíase por modo sereno, como puesto en presencia de un acto milagrosamente fuerte, llevado a ejecución por otra persona. Y Jesús contestaba que aquello no podía asombrarle, que los mayores santos eran con frecuencia armas inconscientes en manos de Dios. Entonces al sacerdote le asaltaba una duda: ¿no había tenido menos mérito refugiándose al pie del altar y hasta en la Pasión de su Señor? ¿No era el suyo sino un débil valor, ya que no era osado de combatir solo? Pero Jesús se mostraba tolerante; explicaba que la flaqueza del hombre es la constante aplicación de Dios, decía que miraba con preferencia a las almas que sufren, entre las cuales venía a sentarse, como se sienta el amigo a la cabecera del amigo. ¿Constituía una condenación el amar a Albina? No, si aquel amor se remontaba por encima de la carne, si añadía una esperanza al anhelo de la otra vida. Y siendo así, ¿cómo había que amarla? Sin decir una palabra, sin dar un paso hacia ella, dejando aquel purísimo amor exhalarse como precioso aroma, agradable al cielo. Jesús aquí mostraba una sonrisa de benevolencia, acercándose, alentando sus confesiones, tanto y tan bien, que el sacerdote, poco a poco, cobraba ánimos para hablarle por la gracia y la belleza de Albina. Tenía la rubia cabellera de los angeles; era blanquísima con grandes y dulces ojos, a semejanza de las santas que llevan dorado nimbo. Jesús se mantenía callado, mas se sonreía siempre. ¡Y cuánto había crecido! Ahora parecía una reina, con su redondo talle y sus soberbios hombros. ¡Oh! poderla coger por la cintura, aunque sólo fuese un segundo, y sentir anonadado su sér en aquel abrazo!... La sonrisa de Jesús palidecía y se desvanecía como un rayo blaba ahora solo. En realidad habíase mostrado de astros allá en el horizonte. El padre Mouret ha-

sobrado duro. ¿Por qué haber arrojado a Albina, sin una palabra de ternura, ya que el cielo permitía amar?

—¡La amo, la amo!—exclamaba en voz alta, con desatinado acento que resonó en la iglesia.

Y la veía aún allí. Tendíale los brazos, tan deseable, que capaz la consideraba de dar al traste con todos sus juramentos. Y se le arrojaba al cuello, sin respeto a la iglesia; cogíale todos sus miembros y la poseía bajo una lluvia de besos. Delante de ella era de quien se ponía de rodillas, implorando su misericordia, pidiéndole perdón por sus brutalidades. Decía que en ciertas horas, sentía dentro de sí una voz que no era la suya. ¿Acaso la hubiera maltratado nunca?

La voz extraña era tan sólo la que había hablado. No podía ser él, quien, sin un escalofrío, no habría tocado uno solo de sus cabellos. Y la había arrojado de allí, la iglesia se hallaba del todo vacía. ¿A dónde debería correr para alcanzarla, para volverla a traer, y enjugarle las lagrimas con sus caricias? La lluvia arreciaba más fuerte aún. Los caminos eran lagos de lodo. Imaginábasela azotada por el aguacero, tambaleándose al lado de los fosos, con las ropas empapadas, pegadas a la piel. No, no era él, era la otra, la voz celosa, que había tenido la crueldad de querer la muerte de su amor.

—¡Oh, Jesús!—exclamó con mayor desesperación;—sed bueno, devolvédmela.

Mas Jesús ya no se encontraba allí. Entonces el padre Mouret, despertándose como sobresaltado, quedó horriblemente pálido. Comprendía... No había sabido retener a Jesús. Perdía a su amigo y quedaba sin defensa contra el mal. En vez de aquella luz interior, que tanto le iluminaba y en la cual había recibido a su Dios, no encontraba en sí más que tinieblas, una humareda maligna, que le exas-

peraba la carne. El, tan fuerte desde por la mañana con el auxilio del cielo, sentíase de repente miserable, abandonado, con la debilidad del niño. ¡Y qué caída tan atroz, qué inmensa amargura! Haber luchado heroicamente, haber quedado en pie, invencible, implacable; en tanto que la tentación se hallaba allí, viviente, con su erguido talle, sus soberbios hombros, su aroma de mujer apasionada; después, sucumbir bochornosamente, jadear con ansia abominable, cuando la tentación se alejaba, no dejando en pos de ella sino un estremecimiento de faldas, un perfume escapado de rubia cerviz. Ahora, con sólo los recuerdos, volvía omnipotente, invadía la iglesia.

—¡Jesús, Jesús!—exclamó por la vez postrera el sacerdote.—¡Volved, entrad en mí, habládme todavía!

Jesús permanecía sordo. Por un instante, el padre Mouret imploró al cielo, con los brazos desesperadamente en alto. Crugíanle los hombros con el extraordinario arranque de sus súplicas. Y pronto sus manos volvieron a caer en el mayor desaliento. Reinaba en el cielo uno de esos silencios sin esperanza, que los devotos también conocen. Entonces volvió a sentarse en las gradas del altar, anonadado, con el rostro terroso, oprimiéndose los costados con los codos, como para disminuir su carne. Se empequeñecía bajo el poderoso diente de la tentación.

—¡Dios mío, me abandonáis!—murmuró.—¡Hágase vuestra santa voluntad!

Y no volvió a pronunciar una palabra, respirando fuertemente, semejante a una fiera acosada, inmóvil ante el miedo de las dentelladas. Desde su falta, veíase por tal modo siendo juguete de los caprichos de la gracia. Negábase a los llamamientos más ardientes; llegaba, imprevista, encantadora, cuando no esperaba poseerla antes de muchos años. Las primeras veces habíase el padre rebelado, hablando como amante vendido, traicionado, exigien-

do la inmediata vuelta de aquella consoladora, cuyo beso tan fuerte le volvía. Luego, tras de aquellas estériles crisis de cólera, había comprendido que la humildad le llagaba menos y que podía ella sola ayudarle a soportar su abandono. Entonces, durante horas y más horas, durante días enteros, humillábase en la espera de un alivio que no llegaba jamás. En vano se ponía en manos de Dios, se anonadaba ante él, repetía hasta la saciedad las plegarias más eficaces; ya no sentía a Dios; su carne, en revolución, se erguía de deseo; las oraciones se embarazaban en sus labios y terminaban en un baluceo asqueroso. Agonía lenta de la tentación, en que las armas de la fe se desprendían, una a una, de sus desfallecidas manos, en los que él era ya tan sólo una cosa inerte en las garras de las pasiones, en donde asistía, aterrado, a su propia ignominia, sin tener el valor de alzar un dedo para arrojar al pecado. Tal era entonces su vida. Le eran conocidas todas las asechanzas del mal. No transcurría un día sólo sin que se viese probado. El pecado tomaba miles de formas, entrábase por los ojos, por los oídos, asíale cara a cara por la garganta, saltábale traidoramente a los hombros y le torturaba hasta los huesos. Siempre la culpa se encontraba allí, la desnudez de Albina, resplandeciente como un sol, iluminando los verdores del Paradou. No cesaba de verla sino en los raros instantes en que la gracia se dignaba cerrarle los párpados con sus frescas caricias. Y el padre Mouret ocultaba su mal, como si fuese un mal vergonzoso. Encerrábase en esos tétricos silencios, que no se sabía cómo hacerle romper, llenando el presbiterio con su martirio y su resignación, exasperando a la Teuse, quien, detrás de él, enseñaba los puños al cielo.

En aquella ocasión hallábase solo y podía agonizar sin bochorno. El pecado acababa de abatirle con golpe tal, que le faltaban fuerzas para dejar la grada del altar en que había caído. Continuaba

jadeando con poderosa respiración, abrasado por la angustia y sin poder encontrar una lágrima. Y hacía memoria de su serena vida de otro tiempo. ¡Ah, qué paz, qué confianza, a su llegada a los Artaud! La salvación se le ofrecía como un hermoso camino. Reía en aquella época cuando se hablaba de la tentación. Vivía en medio del mal, sin conocerlo, sin temerle, con la certidumbre de desalentarlo. Era un sacerdote perfecto, tan casto, tan ignorante a los ojos de Dios, que Dios le conducía por la mano como a un niño. Ahora toda aquella puerilidad había muerto. Dios le visitaba por la mañana y le probaba en seguida. La tentación constituía su vida aquí en la tierra. Con la edad, con la culpa, entraba en el eterno combate. ¿Era acaso que Dios le amaba más entonces? Los grandes santos han dejado todos girones de sus cuerpos en las espinas de la vía dolorosa. Procuraba hacerse un consuelo de aquella creencia. A cada desgarradura de su carne, a cada crugimiento de sus huesos, prometía recompensas extraordinarias. Nunca el cielo le castigaría lo bastante. Llegaba hasta depositar su antigua serenidad, su fácil fervor, que le postraba en un arrobo de doncella, sin que sintiera tan sólo la magulladura producida por el suelo en sus rodillas. Ingeniábase para descubrir una voluptuosidad en el fondo del sufrimiento, para acostarse en ella, para dormirse allí. Pero en tanto que bendecía a Dios, sus dientes castañeteaban con mayor terror, la voz de su rebelde sangre le gritaba que todo aquello era pura mentira, que la única alegría deseable era la de recostarse en brazos de Albina tras un seto de flores del Paradou.

Entretanto había dejado a María por Jesús, sacrificando su corazón, a fin de vencer su carne, soñando llevar virilidad a su fe. María le turbaba demasiado, con sus delgadas trenzas, con sus manos extendidas y su sonrisa de mujer. No le era dado arrodillarse ante ella, sin bajar los ojos, por temor de percibir la orla de su vestidura. Luego

la acusaba de haberse mostrado, en otro tiempo, sobrado dulce para él; le había tenido por tanto tiempo envuelto en los pliegues de su manto, que se había dejado deslizar de sus brazos a los de la criatura mortal, sin percatarse siquiera de que cambiaba de amor. Y traía a la memoria las brutalidades del Hermano Archangias, su negativa a adorar a María, la mirada de desconfianza con que parecía vigilarla. El, desesperaba de llegar jamás a semejante rudeza; la abandonaba sencillamente, ocultaba sus imágenes, despertaba de su altar; pero permanecía en lo más hondo de su corazón, cual amor no confesado, a la continua presente. El pecado, por un sacrilegio cuyo horror le aniquilaba, valíase de ella para tentarle. Cuando la invocaba todavía, en ciertas horas de ternura invencible, era Albina quien se presentaba con un blanco velo, la banda azul prendida a la cintura, con rosas de oro en su desnudos pies. Todas las vírgenes, la Virgen del real manto de oro, la Virgen coronada de estrellas, la Virgen visitada por el Angel de la Anunciación, la Virgen apacible representada entre un lirio y una rueca... todas le traían una remembranza de Albina, con sus ojos sonrientes, o con la delicada boca, o con la blanda redondez de sus mejillas. Su culpa había matado la virginidad de María. Entonces, con esfuerzo supremo, arrojaba a la mujer de la religión y se refugiaba en Jesús, cuya dulzura hasta le inquietaba a veces. Necesitaba un Dios celoso, un Dios implacable, el Dios de la Biblia, rodeado de relámpagos y truenos, no dejándose ver sino para castigar al mundo aterrorizado. Ya no había madre de Dios; había tan sólo un Dios, un señor omnipotente, que exigía para él todos los alientos. Sentía que la mano de aquel Dios le aplastaba, le tenía a merced suya en el tiempo y en el espacio, como un átomo culpable. No ser nada, estar condenado, soñar en el infierno, luchar estérilmente contra los monstruos de la tentación, aquello era

bueno. De Jesús tan sólo tomaba la cruz. Sentía aquella locura por la cruz que ha gastado tantos labios sobre el crucifijo. Se echaba a cuestras la cruz y seguía a Jesús. Hacía la más pesada, volvíala abrumadora y no tenía mayor goce que el sucumbir bajo ella, que llevarla de rodillas, con el espinazo destrozado. Veía en ella la fuerza del alma, la alegría del espíritu, la consumación de la virtud, la perfección de la santidad. Todo se encontraba en ella, todo a morir sobre ella iba a parar. Sufrir, morir, aquellas palabras sonaban incessantemente a sus oídos, como el fin de la sabiduría humana. Y luego que se hubo atado a la cruz, tenía el consuelo sin límites del amor de Dios. No era ya a María a quien él amaba con ternura de hijo, con pasión de amante. Amaba por amor, en lo absoluto del amor. Amaba a Dios más que a sí mismo, sobre todas las cosas, en el fondo de una expansión de luz. Era semejante a una antorcha que se consume en claridad. La muerte, cuando él la ansiaba, no era a sus ojos sino un impulso de amor.

¿Qué era lo que descuidaba para verse a tantas rudas pruebas sometido? Enjugaba con la mano el sudor que manaba de sus sienes, y pensaba que, todavía en la mañana, había hecho su examen de conciencia, sin encontrar en él ninguna ofensa grave. ¿No llevaba una vida de austeridades y de maceraciones? ¿No amaba ciegamente a Dios? ¡Ah, cómo le habría bendecido si le hubiese en fin devuelto la paz, juzgándole bastante castigado por su culpa! Pero tal vez semejante culpa no podría jamás ser expiada. Y a pesar suyo, volvió a Albina, al Paradou, a los punzantes recuerdos. Primeramente procuró buscar excusas. Una noche cayó sobre el pavimento de su habitación, atacado por fiebre cerebral. Durante tres semanas fué pasto de aquella crisis de su carne. Su sangre lavábase furiosamente las venas hasta el extremo de sus miembros, rugiendo a través suyo con alboroto de

desbordado torrente; su cuerpo, desde el cráneo hasta la planta de los pies, quedaba limpio, renovado, combatido por trabajo tal de la enfermedad, que, a menudo, en su delirio, había creído oír los martillos de los obreros reclavando sus huesos. Después, despertábase una mañana, como nuevo. Nació por la segunda vez, desembarazado de todo cuanto veinticinco años de vida habían ido sucesivamente depositando en él. Sus devociones de niño, su educación del seminario, su fe de joven sacerdote, todo había desaparecido, sumergido, arrastrado, dejando limpio el lugar. Con seguridad, sólo el infierno habíale preparado por tal modo para el pecado, desarmándole, haciendo de sus entrañas un lecho de mollicie, en donde el mal podía entrar y dormir. Y él permanecía inconsciente, abandonándose a aquel lento encaminarse hacia la falta. En el Paradou, cuando volvía a abrir los ojos, sentíase bañado de infancia, sin guardar memoria de lo pasado y sin tener nada ya de sacerdote. Sus miembros estaban dotados de suave movimiento, de arrobadora sorpresa, al dar nuevo comienzo a la vida, como si no la conociesen y como si gozasen extrema alegría en hacérselo saber. ¡Oh, qué delicioso aprendizaje, qué encuentros tan encantadores, qué adorables hallazgos! Aquel Paradou constituía por sí solo una gran felicidad. Poniéndolo allí, bien sabía el infierno que se hallaría sin defensa. En su primera juventud, jamás había saboreado semejante voluptuosidad. Aquella primera juventud, si ahora la evocaba, se le aparecía por completo negra, pasando lejos del sol, ignorante, lívida, enferma. Así, pues, ¡cómo había saludado al sol, cómo habíase maravillado del primer árbol, de la primera flor, del menor insecto encontrado, del más pequeño guijarro recogido! Hasta las piedras le encantaban. El horizonte era un prodigio extraordinario. Una clara mañana de que sus ojos se henchían, un aroma de jazmín aspirado, un canto de alondra oído, llevaban a